

POEMAS

Gladys Castelvecchi

La loca María

Siempre soplaba viento en torno a ella,
le bailaban de rapidez los huesos,
el puro pellejo de su cuerpo;
más en volandas todavía
las larguísimas faldas superpuestas,
el delantal con bolsillo para yuyos,
el moñete apretado en gris prolijo,
chiquitos los ojos, verdísimos
arroyitos de locura mansa,
“La loca María”,
zapatos de hombre más grandes que los pies
—que los pies chasqueando—
todas las palabras que supo
le iban en la sonrisa a “la loca María”
aprisada de prisa a cumplir sus visitas.

El humo se escurría por las suyas,
las brasas mortecinas se avivaban
Si “la loca María” en remolino
entraba resoplando en la cocina.
María admiraba los cuadernos
—qué dibujos, qué letra, qué prolijo—,
Nosotros, escolares inocentes
(¿la crueldad se impulsa o ya está dentro?)
codeábamos, guiñábamos, reíamos
de “la loca María” analfabeta
alabando belleza tras belleza
con el cuaderno “patas para arriba”.
(Quién te tuviera hoy, loca María,
y quién la dicha
de mirarnos a agua limpia los reveses.)

De pronto un salto “que son ya las cinco”
y María se iba en ventorrillo
a cumplir su tarea ineludible
voluntaria y sagrada desde luego:
recoger los pañales de los niños
antes de que el relente los rozara
–sorpresas del relente tan liviano–
dañino –quien lo diría–
para tripitas de recién nacido.

No se busquen más datos a sumarle
(como sellos, constancias, papeleos,
alguna cruz desvencijada, un nombre)
a las prisas finales de María:
conviene que se sepa que es inútil.

Lo único seguro, segurísimo,
es que ella no nació por estos mundos
y por tanto –la conclusión es justa–
no es por estos mundos que –de morir–
murió.

A todo caso habrá que buscar rastros
a la hora precisa en que el relente
despliega sus paneles y ese filito artero
que “la loca María” desarmaba.

Las finas artes de María, loca.

Acerca de

Son lugares comunes que
el lenguaje adquiere hábitos
toma los hábitos
se desprende de los hábitos se deshabita
y co-habita, siempre,
en especial donde se cruza
de golpe
lo habitual

con lo anidado por pájaros de antaño
que vienen a revolar hogaño.

Allí persisten emplazamientos escondidos
que estallan, arden, parlanchinean
cuando saltan el simulacro
taimado del olvido.

Curiosamente
hay hechos de paciencia pura:
aguardan a que la distracción se aturda de sí misma
y regrese a torear la vigilia
en el campo de ellas,
los fieles cómplices emplazados de presente
los de voz tartamuda
los que nunca en la vida se escabullen
vaya a saber por qué.

Hasta aquí las noticias
–las fidedignas, claro–
acerca / de:

Corralones

Pasó la hora perversa de la siesta,
el aire anda más suelto,
la tarde por las cuatro de la tarde
y en el umbral de ladrillos de mi casa
yo espero,
como todos los días.
Desde el centro, desde el lado de la plaza,
sacándole a la vereda con sus tacos
macizos y empinados
un apurado sonsonete de ecos,
ya viene,
como si hubiera para ella
nada más que adelante,

Filomena Miranda.

Mis cinco años brincan por adentro
cuando me saluda “Buen día, nii-ña”.
(Nadie más me saluda.)
Ya da vuelta la esquina.
Ya se va.

Atravieso de un volido
el fondo con jardín y con quinta,
el maizal donde es fácil perderse,
trepo las escaleritas que dejan
los ladrillos calientes del corralón
y atiando a Filomena.

Filomena da clase:
“Niños, hoy es la lección del árbol.

Niños, ¿qué da el árbol?”
Los niños, muy muy de a poco,
sombra... fruta...leña....
El árbol que veo cada día va pareciendo otro.

Nada en el mundo me tentaría
como para perderme las clases de Filomena,
solterona dicen en casa y se ríen
—son tan raros los grandes—
porque ella lo que quiere es ser maestra.

En el fondo de su casa, con gallinero, árboles, malvones,
Filomena da clase a niños que no se ven,
que nunca, nunca se ven,
que nunca se oyen.
Ella los nombra como si los viera,
los ve, los oye.
Yo oigo lo que ella dice que los niños dicen.

Qué difícil la clase de la *hache*.
Aprendí mucho con Filomena.
Aprendí que hay que escuchar
cómo habla la ortografía la gente,
que la hache no es muda
(como en *buevo*, o en *juir*, o en *güeso*),

pero que en hormiga *es* un sonido *mudo*,
enseña Filomena.

Qué gusto aprender tanto con ella
allí, escondida entre el cedrón y el níspero.

Aquí vuelve con taconeo amortiguado de recuerdo
Filomena Miranda.

Me mira con sus ojos llenos
De haches y de niños:
Como de lejos (como de cerca)
“buen día, nii-ña”.

 No da vuelta la esquina.

 No se va.

Del otro lado del corralón
los árboles dan sombra- leña - fruta;
las gallinas escarban y picotean,
se rellenan el buche y después,
en el escondite del galpón
o en la mata verdegris del malvavisco,
atiborran de tortilla y merengue
blanquísimos, muy ordenados *buevos*.

Por sola diferencia sucede que me han acorralado
muchas veces las cuatro de una tarde,
muchas más veces aquellos cinco años.

Y mire usted:
Filomena usaba moño alto, invencible.
Probablemente también tenía cuerpo,
que mis cinco años no pensaron jamás.

Ahora quiero imaginar cómo sería
su cabellera suelta
y recuerdo sus redondos pechos
y se me ocurre ahora comprenderlos
como a dos arroyitos contenidos.

Piedra en el cruce

En la esquina del barrio casi a orillas del pueblo,
la piedra blanca (larga como de un metro,
alta como de medio)
era la plaza de los chiquilines;
bienhumorada, noticiosa, noticiera,
íntima,
pechuga de gallina ponedora su curva delantera,
la noche no tenía poderes sobre ella.

La piedra blanca recibía con igual amistad
la lluvia
o los chorritos del niño o del cachorro;
sin discusión la piedra blanca la mejor vecina:
¿cómo podría amanecer sin ella?
Con una piedra chica y dura
cosquillas y risitas le arrancaban
en chisperío los varones, así, como a una niña.

A veces –otras veces–
la piedra blanca veía desfilar gestiones de misterio,
disimulos al desgarmo de la muerte:
carruajes pavonados, caballos lentos
–penachos y jaeces –circunspecto el cochero,
más solemne que todo su sombrero
altamente retinto.

Pero jamás la piedra blanca mencionó a los niños
Arracimados en su lomo boquiabiertos,
más que noticias adecuadas para niños.

Se entiende, entonces,
que antes de ajustar los haberes
o débitos del día
el sol la consultara.

La piedra blanca.

Pensada calmamente
–ya un palmo por encima del hallazgo o la búsqueda–

se le escucha el macizo corazón de paciencia
allí,
como un respaldo en la orilla del barrio
(o en el linde del mundo),
allí para que nadie, nunca,
para que nadie nunca se sufra estar tan solo
en la orilla del barrio
o en el linde del mundo.